

Bromas del tiempo

A. Glez



Capítulo 1

Sentí la delicada calidez de un rayo de luz al acariciar mis párpados. Desperté. No supe cómo ni porqué, dónde estaba menos me importaba. Decidí con tímida pero ávida curiosidad averiguarlo, aunque la respuesta me daba igual. Margaritas silvestres todo a mi alrededor. Invadían el engañoso campo que les mantenía con vida. Infinito parecía, mentira eso sería. No lo sabía todavía, así que caminé y caminé por horas que parecieron días y días. Sintiéndolo sus pétalos restregarse contra mi cuerpo, acomodándose con ternura entre mis dedos, a pasos lentos avanzaba sobre un camino que no conocía ni sabía a dónde llevaba. La luz abundaba, en el horizonte con el color de las flores se mezclaba. Todo de amarillo se pintaba. El abrazante calor del sol a cada paso me acompañaba mientras el viento con mis cabellos jugaba, al mismo tiempo que el fragante aroma de la naturaleza me adormecía. El canto de aves dispersas en los cielos me guiaba a donde no conocía pero pensaba que así como ellas, con certeza mi vuelo emprendería. Tanto tiempo pasó que la cuenta perdí, pero el sol finalmente comenzó a caer. Al campo me entregué, en el pasto, entre aquellas flores, me recosté. Observé el ocaso de aquel día sin prisa y sin asombro, solo le vi lentamente suceder hasta que mis párpados se vencieron.

Logré abrir los ojos nuevamente. Debía ser un poco más tarde que el día anterior. El calor esta vez era intenso, la luz del sol se sentía incandescente. El atardecer sangriento llenaba mis ojos. Mi cuerpo sudoroso buscaba refrescarse. En el horizonte vi la infinidad del mar. Incendiada, corrí hasta sentir que el agua invitante cubría mis pies. Una ola me abrazó entera, de pies a cabeza, no resistí su brusquedad, y a ella me entregué. Cerré los ojos y no pensé, sólo le sentí. Me perdí en ella. Fueron minutos...o segundos que se sintieron horas. Su arrebató de atardecer sucumbió a la calma del anochecer. La ola me devolvió a la orilla y se alejó. Me dejaba al descubierto tendida sobre la arena húmeda y fresca de la noche. Me dejé seducir más por el candor que experimenté ese día, menos tierno pero más honesto, que por la belleza del día que le precedía. Inevitable, la noche una vez más caía. Sentí que aquella vez lo hacía con mayor premura, pero no estaba segura. No le di importancia. Mañana llegaría un nuevo día, tiempo todavía tenía. La oscuridad ya hacía visibles a las estrellas. Me deseaban buenas noches y yo a ellas. Exhausta la braveza del mar me había dejado. Mi cuerpo se rindió ante el sueño un día más, otra noche más.

Una corriente de viento frío me despertó. ¿Sería el día siguiente? No lo sabía. Supuse debía serlo, sólo lo hice sin saber por qué. Parecía lógico. ¿Dónde me encontraba? Eso era todavía más un misterio que la continuidad del tiempo. Podría decir que seguía perdida, pero hasta ese momento no me detuve a pensar. Sólo supuse, una vez más, que era el lugar en el que debía estar. Apenas lograba sentir el abrazo cálido del sol.

La luz era tenue. ¿Cómo no iba a serlo? Había dormido hasta tarde, el ocaso ya se empezaba a hacer presente. Volví la vista al suelo, tierra polvorosa enterraba mis pies. No alcanzaba a ver el mar ya. Miré hacia atrás... Dios, ¿tanto tiempo ha pasado ya? Las margaritas marchitas se aferraban al suelo todavía, pero cabizbajas, por cansancio y algo de tristeza al saber su destino, su vista al sol ya no volvían. Su frescura, su aroma, su color vibrante se habían ido todos ya. Sólo un retrato de lo que habían sido quedaba sin más. Su deslumbrante belleza se había vuelto una sonrisa de sobra nostálgica. Todavía eran flores con vida, pero al contemplarles, veía que los estragos del tiempo no escondían. Les sentí entre mis manos una vez más, con más delicadeza esa vez les toqué. Ni una tierna caricia evitaba que sus frágiles pétalos cayeran sobre mis pies. Entre la tierra se perdían, a la tierra que les dio vida regresaban. El viento se volvía imparable. La noche ya había llegado y, esta vez, no había tardado. El frío no se había ido. Entre la tierra buscaba cobijo, las flores secas me sirvieron de abrigo. Apaciguaron la crueldad del viento pero no lograron quitarme el frío. El cielo, ocupado de nubes grises que ocultaban las estrellas del ayer, presionaba mi cabeza. Se sentía más cercano, tal vez, sería porque su color se confundía con el árida tierra. Dónde terminaba uno y comenzaba el otro, ya no sabía. Tal vez no sería así por mucho más tiempo, me decía al sentir una gota mojando mi rostro, sería que las nubes sucumbían. O sería mi llanto, al recordar lo que dejé atrás hacía un par de días. Vivos eran los recuerdos de aquellos colores y olores, de aquellas caricias y candores. Mi energía escaseaba, sólo en descansar pensaba. Cerré mis ojos y con un suspiro lleno de esperanza por ver el amanecer de un cielo despejado una vez más, dormí otro día más.

Apenas logré abrir los ojos nuevamente. Mis párpados congelados luchaban por mantenerse abiertos. Niebla espesa y helada me cegaba, los ojos cerrados o abiertos, parecía, lo mismo daba. Yacía recostada en un lecho de nieve. Intenté sustraerme de aquella cama de delicado hielo pero en pie ya no pude sostenerme. El frío quemaba mis huesos como hacía unos días había ardido mi piel con el fuego del sol. Copos de nieve pintaban mis cabellos. Temblaba de frío... De miedo, no sabía lo que me esperaba. ¿Había algo más por esperar? ¿Un nuevo amanecer? ¿Un atardecer? Todo era oscuridad, ¿sería de noche ya? Todo había sido tan rápido ese día. Apenas había visto el día y, ¿ya se iba? Sólo contemplaba tinieblas mientras sentía el viento helado penetrando mis entrañas. No más cálidos rayos de sol, no más bellas flores, no más olas abrazantes que vinieran a arrebatarme del suelo. Caminé y caminé, por tanto y tanto tiempo caminé. Nunca supe cuántos días, no conté los ratos, ni los de belleza ni los de calor ni los de tristeza. Sólo los vi pasar, uno a uno los contemplé sin pensar que llegarían a su final. Anduve sin pensar, sentí sin estar. ¿Dónde he estado? Caminé lo que tenía que andar. ¿Dónde ha sido eso? No importa ya. Estuve ahí, lo sentí, ¿por cuánto tiempo? ¿Qué más

da?

Lentamente, mis helados párpados comenzaron a cerrarse. ¿Vería un nuevo amanecer? No alimentaba mi esperanza por el mañana ya. El frío ya no me dejaría andar, me congelaba, me reclamaba postrándome al suelo sin deseo de ver un día más. Sólo quería que el frío se fuera ya y no regresara jamás. Estaba cansada para combatir, para renegar...para desear. Sólo sentía como lo había hecho ayer, pero ya no quería sentir más. El viento helado me envolvió, la nieve me cobijaba. Mis ojos cansados en la helada noche se cerraron. Una vez más, una noche más. El amanecer llegaría otra vez, pero ante las caricias de los rayos de sol, mis ojos no se abrirían ya.